

Pastoral

Gilberto Arango, S.J.*
Hernando Muñoz, S.J.*

SENTIDO CRISTIANO DE UN PROBLEMA HUMANO: LA MUERTE

I. La Muerte Problema Humano

1. Generalidades.

La muerte aparece en el ciclo de todo ser viviente como una realidad ineludible. La palabra misma "muerte" encuentra en particular su sentido, específico en relación al hombre, porque la muerte es un concepto y una experiencia netamente humanos. "Muerte" designa la experiencia más corriente, más común y más igualitaria de los hombres. La muerte es el termómetro de la vida humana y de su intensidad; mide la actitud y la singularidad que cada quien ha dado a su existencia sobre la tierra.

El hombre la ve como un momento crítico, que contrasta fuertemente con su lucha de superación, con el enfrentamiento a sus propios límites y con su voluntad de vivir y perdurar. La muerte es para él una experiencia límite que le plantea serios interrogantes de sentido: Vale la pena aceptar la existencia, ser libre o tratar de

serlo, luchar, amar, tener, reír, llorar, preocuparse por sí mismo y por los demás, querer cambiar el mundo? . Para qué actuar y conseguir poder en cualquier campo, para qué buscar una supervivencia si todo termina con la muerte? . Y, si la muerte no es el fin, qué viene después? .

La pregunta humana siempre ha sido: "Y. . . después, qué? . Esta pregunta hace ver que lo trágico de la muerte no es tanto la muerte misma como el pensamiento del más allá desencadenado por ella. Es una pregunta que estará siempre al final del camino, inmutable, incommovible, siempre real y como una impertinencia muchas veces insultante. Es una pregunta que suscita muy diversas respuestas sobre el más allá.

La búsqueda de respuestas se hace dolorosa porque son los vivos, los que no han pasado por la experiencia de la muerte ni han experimentado el más allá, los que se preguntan por esas realidades.

* Licenciados en Filosofía, Alumnos de Sexto Semestre en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, Bogotá.

2. Actitudes del hombre ante la muerte.

La manera de mirar la vida y de comportarse en ella determina en el hombre sus actitudes ante la muerte. Estas actitudes son contradictorias porque también son contradictorios sus comportamientos, sus tendencias y actitudes ante la vida. A su voluntad de vivir se opone su voluntad de morir, manifestada muchas veces en forma enigmática por la tendencia a producirse sufrimientos, a alienarse, a alejarse de los propios compromisos, a sacrificar las razones para vivir y llegar hasta la muerte parasicológica.

Se la puede enfocar desde apreciaciones físicas, biológicas, médicas, psicológicas, filosóficas, religiosas y, a pesar de todo, la muerte sigue siendo un gran interrogante: muere el hombre como cualquier viviente, no hay ninguna diferencia, todo se disuelve con la muerte? .

Hay quienes prefieren no hacer frente a las preguntas planteadas por la muerte, les oponen resistencia y se refugian en la evasión o el tabú. La muerte se convierte así en un tema intocable. Se quiere vivir embotado, sin pensar en ella.

Para los que ven la vida como algo absurdo y sin sentido, la muerte es el muro definitivo contra el cual se estrella la existencia humana. Después del muro no hay nada. Si es absurdo pensar en la vida y sus tendencias, y buscarles una lógica, también es absurdo pensar en la muerte. Lo que importa es vivir al día, aprovechando el presente. Se repite el "carpe diem" de los antiguos.

Los que no creen y buscan un sentido a sus existencias también se preguntan por la muerte y por lo que viene después de ella: desapareceré por completo, nadie se acordará de mí, moriré del todo? .

En sus pesquisas encuentran cierta posibilidad de supervivencia en la memoria de los hombres y en la especie y se deciden a luchar. Tratan de hacer obras valiosas por las que puedan recordarlos, buscan descendencia y un mundo mejor en el que perdure la especie humana. Sin embargo su actitud es resignada porque persisten los motivos de inquietud: si no hago nada grande, no sobreviviré? . Basta sobrevivir en la memoria de otros y desaparecer como un yo personal? .

Si busca una respuesta más filosófica, el no creyente se encuentra ante la visión del hombre como un "ser-para-la-muerte" en la que ciertamente se adelanta poco para responder a sus anhelos de supervivencia personal.

El mundo moderno con sus cambios y adelantos ha incidido en las actitudes ante la vida y la muerte. El hombre de hoy no se da por vencido ante la muerte, trata de esquivarla y de engañarla. Piensa en las técnicas de hibernación y en nuevas posibilidades de existencia ilimitada sobre la tierra, busca la manera de suprimir la muerte y trata de controlar la vida y los medios para conservarla. Las preocupaciones sobre estructuración social, control demográfico, ecología, tiene que ver con estas aspiraciones.

El mundo de la medicina ejerce un gran influjo pues la higiene pública, la terapia y prevención de las enfermedades, las diferentes investigaciones, apuntan hacia una mayor esperanza de longevidad. Todas son una lucha contra la muerte.

La esperanza de vida en el Imperio Romano era de 20 años. En la Alemania de 1875, esa esperanza llegaba a los 35 años. En 1950 había llegado a los 65 y, actualmente es indudable, el índice se ha remontado.

La mortalidad ha bajado en los últimos dos siglos, especialmente en el pre-

sente, a pesar de dos guerras que cobraron con crueldad una cuota inmensa de muertes inútiles. En los últimos 150 años la mortalidad ha bajado de 25-30 casos por mil anuales, a unos 10-12 por mil, en el mismo tiempo. Los datos, sin embargo, no son los mismos para los países y gentes privilegiados y para los que tienen que moverse en condiciones infrahumanas.

Otro punto es la disminución en el contacto con la muerte. Antes, los hombres tenían un contacto más directo con la muerte desde su misma infancia por el influjo de las pestes, las hambres, etc. Ahora, en los países desarrollados y en los medios urbanos de los nuestros, el contacto es cada vez menor.

La medicina ha debilitado la intensidad en la vivencia de la muerte, porque la enfermedad y la muerte se desarrollan ahora en un marco diferente. Antes era el hogar en el que el moribundo era un familiar, un amigo o un vecino. El escenario es ahora el hospital en el que el moribundo es un paciente más.

El contacto social con el muerto es muy impersonal: se invita a funerales, se ven pasar féretros aun por televisión si se trata de los grandes: se oye de muchos muertos en la guerra, se sabe de muchos muertos de hambre. Se sabe, se oye, se vé. Pero, lo cierto, lo sentimos? .

Las empresas funerarias y las salas de velación han cambiado sustancialmente las relaciones con los muertos y la muerte. Ellas se encargan del muerto desde el hospital hasta el Jardín de Paz, sin pensar por su hogar. Los familiares y amigos ya no prestan los mismos servicios de antes. Quién consigue ahora el hábito de la Virgen del Carmen o del Hermano Francisco? .

Los fallecimientos no toman por sorpresa a los deudos. A pesar y precisamente por la frecuencia de los infartos las cosas económicas y jurídicas se mantienen en regla. Si hay previsión y medios económicos, el muerto ya no es una amenaza para los que quedan. Las consecuencias sociales no son tan duras ni siquiera para la mujer, que se ha preparado para asumir responsabilidades aun en los casos de emergencia. Además, están los seguros, las pólizas, los cupos en los Jardines de Paz, etc.

Adviértase que la situación ha cambiado menos y sigue siendo más dura para los pobres, para los que tienen que vivir al día, sin ahorro de ninguna clase y que se encuentran, de improviso y desprotegidos, ante los acontecimientos y los gastos que implica una muerte.

La presencia es menos extraña y menos lamentada. Muestra de ello es el luto que ya desaparece. El difunto no se hace indispensable e irremplazable. Se le encuentra sustituto. La cultura urbana no tiene espacio sino para el anuncio publicitario de la muerte de un fulano. El luto puede causar la pérdida de oportunidades en el desarrollo normal del trabajo.

En un plano más personal lo recordamos, la experiencia más directa de la muerte, es la de la propia muerte, y esta experiencia es única, irreversible, irreplicable, no-narrable. Cada vez parece que se difuminan y se evaden más los presupuestos para una experiencia auténtica de la muerte. Si no ha habido una formación para la ausencia, para la no-presencia física de otros, qué decir de asumir la experiencia de la presencia-ausencia de sí mismo? .

La muerte carece ya de angustia, temor, inseguridad. Parece despertar una actitud optimista que nos acostumbra a la rutina de la muerte biológica y psicológica.

ca. Accidentes, guerras, ejecuciones, inválidos, enfermos crónicos, suicidios. Hay contacto con la violencia en sus múltiples formas pero no tenemos experiencias y vivencias profundas que nos lleven a comportamientos distintos. Se llega a justificar la muerte cuando es para defender nuestras concepciones. Se saluda la victoria de los soldados que expulsan a otros, que aplacan las inconformidades sociales; se llega a sentir alegría por la venganza que se convierte en muerte de personas o naciones, y se llega a tomar posiciones a favor de los violentos aunque se esté predicando la no violencia.

La situación es tal que el instante de la muerte escapa a cualquier observación empírica: se muere en el hospital ante la sola presencia de la enfermera, o en la calle ante la mirada indiferente y curiosa de los transeúntes.

“Según se vive se muere”, no es un adagio más. Una sociedad cada vez más preocupada por mantener la vida, por gozarla y disfrutarla, por hacer la vida más humana, ha creído que rodear al moribundo de técnica, ayudas médicas, etc, basta para que este momento culmen de la libertad y de la soledad humana sea más digno. La muerte es el último acto en el que se realiza total y libremente la existencia y el verdad que debe asumirse en el silencio de la singularidad personal, pero también es verdad que no se puede privar al moribundo de la solidaridad, del compartir con los otros, de llegar a su consumación en unión de los compañeros de viaje.

Y, qué es la muerte para los creyentes?. La respuesta tampoco es fácil, dada la multiplicidad de las creencias. Sin embargo, hay algunos puntos que permiten una visión de conjunto.

3. La celebración humana de la muerte.

Siguiendo a G. Barden, el ritual de la muerte es una forma de conocimiento que expresa la concepción de la muerte que tiene la comunidad. En el ritual de la muerte de las distintas creencias aparecen estos elementos bastante comunes:

La convicción de que los muertos permanecen en el mundo de los vivos hasta que no sean enviados a su mundo mediante el rito.

La eficiencia del ritual que obliga al espíritu a dejar al mundo de los vivos.

La muerte se ve como el destino de los vivos. El ritual presenta el contraste entre dos modos de vida o existencia: la de los vivos que es una vida mortal, y la de los muertos que es inmortal.

La muerte se ve irrevocable no tanto como castigo de faltas que como consecuencia del estado de las cosas que estas faltas han provocado.

Se advierte que la “consideración de la finitud de la vida humana ha conducido a la consideración de la existencia original, pero no a una mejor comprensión del estado de los muertos” (1).

Otro problema planteado por la eficacia ritual es el de quién es competente para conducir al espíritu del muerto. Se recurre a especialistas que invocan a un ser suprahumano, para que guíe al espíritu. Estos especialistas (sacerdotes, Shaamanes) utilizan un tono imperativo e invitatorio: ordenan al espíritu salir y piden al conductor suprahumano que lo guíe.

(1). BARDEN, G. *La representación ritual de la muerte*. Concilium, No. 94, 1974, p. 53.

El ritual acentúa el carácter comunitario de la muerte como realidad básica humana.

Se insiste en que el paso del mundo de los vivos al mundo de los muertos es peligroso y difícil.

Cuando hay mejor elaboración la morada de los muertos puede presentar alguna de estas características:

— Ser buena y deseable como meta final. Ejemplo: el cielo.

— Ser repulsiva, como negación de la meta deseable. Ejemplo: el infierno.

— Ser ambigua como el antiguo seol o el limbo.

Además, como la muerte humana es una experiencia cultural, el ritual no se centra tanto en qué significa la muerte como en qué problema plantea, y trata de aumentar el conocimiento que de la muerte tienen los miembros de la comunidad. En relación con lo anterior está el hecho de que en el ritual no se mira solo al muerto sino también a los que quedan y se trata de responder a sus interrogantes e inquietudes.

II. El Sentido Cristiano de la Muerte.

1. *Entre el Seol y la inmortalidad.*

Todo hombre tiene la experiencia de la muerte. Mueren los seres queridos provocando la tristeza en los que quedan (Gen. 50, 1; 2 Sam. 19, 1). Cada uno debe enfrentarla, porque él también verá la muerte (Sai. 39,49).

El hombre da por su vida lo que posee (Job. 2,4).

La vida en el Antiguo Testamento es el don por excelencia. La vida realizada en comunión con los otros. Yahvéh es la fuente de la vida. Vivir significa esencialmente estar en relación con Yahvéh.

La vida no es solo don, es también misión y tarea. No se posee la vida con garantía. Está pendiente de Dios. De nada vale revelarse. Porque el hombre es como hierba que se seca (Is.40,6). Todos debemos morir y somos aguas derramadas que no se pueden recoger (2Sam. 14,14).

La muerte es el fin de la vida dada por Yahvéh. Quien vive según Yahvéh, según sus mandatos, tiene una vida larga y feliz, y su final como el de Abraham no será escalofriante: "tu irás a reposar en paz con tus padres, siendo sepultado en buena ancianidad" (Gen. 15,15).

Pero no todas las muertes ocurren en la plenitud y en la serenidad. Se da la muerte repentina, prematura, en la mitad de los días. Hay en la vida encarnaciones y preanuncios de la muerte como el sufrimiento, la soledad, la pobreza, la necesidad, la desesperación. Es quizá el morir vinculado con nuestra fragilidad humana de pecadores.

Se tiene una conciencia que tiende de lo implícito a lo explícito de una pervivencia del hombre después de la muerte sin que se hable de inmortalidad propiamente. Pero no se habla de la muerte como separación del alma-cuerpo.

La vida está en la sangre. Al derramarse se pierde la vida. El asiento de la vida está en la sangre (Lev. 17,11; Dt.12,32).

Por el aliento el hombre es vivificado por Dios (Gen.2,7) y le retira el hábito de vida cuando muere (Sal 146,4; 104,29). El aliento tiene una connotación de vida o principio vital.

Pero no se emplea Ruah para designar la parte del hombre que sobrevive a la muerte. Se dice que el Ruah vuelve a Dios que se lo dió (Ecl. 12,7).

El difunto ya no es más (Sal.39,14; Job.7,8.21). La muerte no es un aniquilamiento total. Los cuerpos se depositan en una fosa subterránea. Las sombras subsisten en el Seol. El Seol es un lugar de silencio (Sal. 115,17). De perdición, de tinieblas y olvido (Sal. 88,12ss; Job. 17, 13).

Todos los muertos participan en la misma suerte miserable (Job.3,13; Is. 14, 9s). Su existencia no es más que un sueño (Sal.13,4). Nada de esperanza, nada de conocimiento de Dios. Dios mismo olvida a los muertos (Sal. 88,6).

La vida presente conserva todo su pleno valor; no hay una desvalorización de ella en espera de una inmortalidad imaginaria.

2. La muerte es el destino del hombre.

La muerte es la suerte común de los hombres. El camino de toda la tierra (1 Re.2,2). Frente a esta necesidad ineluctable cómo no sentir la vida, desearla ardentemente, percibirla como un bien frágil y fugitivo? .

La vida es una sombra, un soplo (Sal.39,5ss; 89,48ss). La vida es una vanidad ya que la suerte de todos es la misma (Sal. 49,8).

La muerte es una constatación melancólica. Se nace frente a este destino obligatorio. Es preciso resignarse (Sam.12, 23).

La verdadera sabiduría va más lejos: acepta la muerte como un decreto divino (Sir41,4). Que señala la humildad de la

condición humana frente a Dios inmortal. El hombre viviente siente en la muerte un enemigo. Porque la muerte y el Seol no son dos poderes del más allá. Son poderes en acción en el más acá: Qué es la vida, sino una lucha angustiada con la muerte que acecha? .

3. La muerte por el pecado.

La doctrina cristiana afirma que relativamente al hombre, la muerte no debe ser tenida como ontológicamente necesaria, que ella es la consecuencia de algo que pudo ser evitado: el pecado. La muerte del hombre no hace parte integrante de su ser. Es la consecuencia de un acto. No tiene un carácter natural, sino histórico.

No solamente el pecado es un mal porque es contrario a nuestra naturaleza y a la voluntad divina, sino que es para nosotros el camino de la muerte. Esta es la enseñanza de la sabiduría: "Quien persiste en el mal marcha a la muerte" (Prov. 11.19). Quien se deja seducir del demonio va camino del Seol (Prov.7,27).

Los hombres culpables de pecados graves saben ser castigados de muerte (Lev. 20.8ss; 24,14ss). En los pecadores la muerte es el destino natural; privación del bien más querido que Dios ha dado al hombre: la vida.

Por la solidaridad humana es comprensible que un hijo pague por los pecados del padre (2 Sam 12,14). Pero también es verdad que cada uno paga por sí mismo (Ex.18). Cómo justificar la muerte de inocentes? . Aparentemente Dios hace perecer de la misma manera al justo y al culpable (Job. 9,22; Qo 7,15). Tiene un sentido su muerte? . Aquí la fe del Antiguo Testamento permanece enigmática.

Cómo poder liberarse de la muerte? No está en poder del hombre el po-

der salvarse a sí mismo de la muerte. Es necesaria la gracia de Dios que por naturaleza es el viviente. El justo puede tener la esperanza que Dios no lo abandonará ni dejará su alma en el Seol (Sal. 16,10).

Es por su pecado que muere el pecador. Dios no se complace en la muerte, él prefiere que se convierta y viva (Ez. 18, 33; 33,11).

Por la maldad el hombre se pone frente a la muerte. Debe convertirse de su pecado. Así Dios lo arrancará de la fosa (Job. 33, 19-30). De aquí la importancia de la predicación profética que invita al hombre a cambiar, a buscar salvarse de la muerte (Ex. 3,18).

La revelación tardía del Antiguo Testamento anuncia un triunfo de Dios sobre la muerte, una liberación definitiva del hombre. La muerte del justo tiene un sentido, está el caso del Siervo arrancado del reino de los vivos. Su muerte es un sacrificio expiatorio voluntariamente ofrecido por los pecados de los hombres (Is. 53,8).

4. Cristo y el derrumbarse de la muerte.

Toda la historia humana aparece como un gigantesco drama de vida y muerte. Hasta Cristo, y sin El, estaba el reino de la muerte; con Cristo viene, por su muerte, el triunfo sobre la muerte misma. La muerte cambia de sentido para la humanidad nueva que muere con Cristo para vivir con El eternamente.

El cristianismo conoce el sin sentido y el rechazo de la muerte. Sabe que por un solo hombre entró la muerte y el pecado en el mundo (Ro. 5,12.17; 1a Cor. 15,21), que después todos los hombres mueren en Adán y la muerte reina sobre el mundo (Ro. 5,14). Pero también sabe

que Cristo ha muerto real y duramente por cada uno de nosotros. Cristo muere por todos.

Sin Cristo la humanidad estaba en las sombras de la muerte (Mt.4,16). La muerte fué en todos los tiempos de la historia un componente de la humanidad. Ahora viene Cristo a asumir nuestra muerte.

Cristo ha querido asumir nuestra condición mortal. Su muerte no es un accidente. Jesús muere por los hombres. Anuncia por primera vez su pasión (Mc. 8,31-33), a los discípulos para prevenirlos del escándalo. Anuncia por segunda vez su Pasión (Mc.9,30-32), y por tercera vez (Mc. 10,32-34). Sufre la Pasión y la muerte (Mc. 14-16).

Jesús frente a la muerte ha tenido las mismas posiciones y actitudes al hombre. Ha llorado junto a la tumba de su amigo Lázaro (Jn.11,33-38). Ha pedido al Padre que lo preserve de la muerte (Lc. 22-42), y finalmente ha aceptado la copa de la amargura (Mc. 10,38), para hacer la voluntad del Padre (Mc. 14,36). Ha sido obediente hasta la muerte (Fil 2,8), para que se cumplieran las escrituras (Mt. 26, 54).

Acepta la muerte bajo la apariencia de un castigo requerido por la ley (Mt.26, 26), ha sido solidario con su pueblo y con toda la humanidad. Dios le hizo pecado por nosotros (2a Cor.5,21).

5. La muerte de Cristo en el cristiano.

La muerte de Cristo ha sido fecunda como el grano de trigo (Jn. 12,24).

Cristo muere por el pueblo (Jn 11, 50), y no solamente por su pueblo sino

por todos los hombres (2a Cor. 5,14s). Ha muerto por nosotros (1a Tes. 5,10), sabiendo que nosotros éramos pecadores (Rom. 5,6ss), y así nos da la mayor muestra de amor (Rom. 5,8). Su muerte ha tenido una eficacia salvadora. Ha llamado a los muertos a la vida (Mt. 9,18). La muerte ha sido destruída (1a Cor. 15,26).

Según Rahner (2) hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, liberados y rescatados por el cuerpo del Señor. La muerte de Cristo se hace la expresión de la entrega libre y generosa de Dios, a todo hombre. Cristo adquiere en su realidad humano-divina una nueva, real y ontológica relación con toda la creación, una relación de unidad que subyace a su diversidad en el tiempo y espacio.

En la muerte de Cristo todos morimos de alguna manera (2a Cor. 5,14). Por tanto cada uno debe hacer de ésta una muerte efectiva. En el Bautismo somos configurados con su muerte (Tom. 6,3). Debemos morir al pecado (Rom. 6,11), al hombre viejo (Rom. 6,6). Debemos morir a la carne (1a Pert. 3,18), al cuerpo (Rom. 8,10), a la ley (Gal. 2,19).

Esta muerte con Cristo es por tanto en realidad una muerte a la muerte. Empezamos una nueva vida, porque Cristo con su muerte a dado un nuevo sentido a la vida y a la muerte. Ha cesado el poder de la muerte.

La muerte aparece ahora como la transición a una nueva vida, vida que ha iniciado Cristo con su resurrección, eterna y humana. Cristo es la primicia. La muerte ya no es oscuridad, sino paso a la nueva vida. Vida que no es simplemente duración eterna del alma. Se trata de la renovación de todo el hombre por el poder creador de Dios. La vida que sigue a la muerte no es una extensión de la vida

terrestre hasta el dominio del más allá, ni es el cumplimiento de la fundamental voluntad de vivir. La vida nueva viene en calidad de conquista de Cristo, de un don gratuito de Dios es su Hijo Jesucristo.

El cristiano debe morir cada día en su vida, para que el día de la muerte viva de una vez para siempre con Cristo. Debe empezar por escuchar la palabra, porque quien escucha su palabra pasa de la muerte a la vida (Jn. 5,24), y quien cree en él vivirá (Jn. 11,25).

El bautismo debe actualizarse cada día. Debemos morir a las obras de la carne, a las obras de la carne y a sus pasiones (Col. 3,15), porque la muerte de Cristo ha cambiado de rumbo la historia y la ha centrado. La muerte es ya un instrumento de salvación. Aun la muerte corporal toma un nuevo sentido. Ya no es un destino inevitable al cual hay que resignarse, un decreto divino que se acepta, una condena consecuencia del pecado. El cristiano muere para el Señor como El para él venció (Rom. 17,17). Para el cristiano la muerte es ganancia porque su vida está en Cristo (Fil. 1,21).

6. *Recapitulación.*

Con la muerte se acaba el tiempo del hacer y del querer. La historia cesa, deja de ser impenetrable. Ya no hay posibilidad de decir "sí" o "no". El hacer y el decidir no se dan más. Dios se presenta al hombre en el abismo sagrado de su ser.

La muerte ha perdido su carácter de definitividad. Entra en la etapa intermedia. La muerte es un día del hombre, después del cual resucitará a una nueva vida.

La muerte se nos presenta como el examen de nuestra vida. Afrontar la muerte

(2). Cfr. RAHNER, K. *Sentido teológico de la muerte*. Herder, Barcelona, 1975, p. 70-74..

te es tener la posibilidad de decidir libremente sobre el signo de la vida. Si en la vida conmorimos con Cristo, el morir final puede llevar el signo de consumación final.

Es preciso que vivamos intensamente y que amemos al mundo, y lo que nos rodea, que asumamos intensamente el riesgo de vivir, y construir una sociedad, porque los que viven en intensidad son los que aguardan con grandiosidad su muerte. Porque quien no sirve para vivir, mucho menos morir, se requiere decisión en la una y en la otra, si de verdad queremos hacerlo todo como humanos y no pasarlo o padecerlo como entes impersonales.

No hemos sido hechos para vivir para nosotros mismos, sino para los demás y para Cristo. Es preciso cambiar la óptica, vivir para Cristo y para los hermanos: así se gana la vida: muriendo cada día vivimos para una eternidad.

7. La muerte: experiencia pascual.

El problema de la muerte se presenta ante el cristiano con toda su crudeza por el mismo hecho de la muerte de Cristo. La vida de Cristo quedó trochada y terminada antes de su plena realización. Esta expresión, común entre nosotros, tiene su concretización en la cruz del salvador. La exclamación de Cristo: "Dios mío, Dios mío. . ." indica hasta qué punto la desesperación se apoderó de él, pero no obstante esta desesperación, no dió paso a la falta de fe.

Allí está el sentido plenamente cristiano de la muerte: se muere en esperanza aunque a veces la muerte parezca contradictoria. La muerte cristiana en ningún momento quita los matices dolorosos de la separación* de los seres queridos. Más aun, algunas veces los hace sentir más hondamente.

No se trata aquí de ver la muerte únicamente con un sentido de alegría porque vamos hacia la casa del Padre, sino de verla en su sentido plenamente humano y no desposeyendo al hombre de su realidad carnal. Si se pudiera morir en la forma descrita algunas veces por la Escritura: lleno de años y rodeado del cariño de todos; así sería hermoso morir. Pero la muerte no siempre se presenta de esta manera.

Morir en el cristiano es una realidad completamente normal y de todos los días. Muere para vivir. La muerte cotidiana se concreta en su tender a la perfección y realización completa, y sobre todo en la construcción del mundo que le rodea. La misión del cristiano está en este mundo y, en cuanto contribuya a construirlo en Cristo realizará su propio ser, morirá así mismo, o mejor con-morirá con Cristo en su obra redentora.

La llamada imperiosa de nuestro ser de cristianos nos pide ayudar a la creación a que salga de los dolores de parto en que se encuentra anhelando la redención (Ro. 8,22) y pueda nuevamente recobrar su identidad de bondad en que fue creada. Nada más contrario a un desentenderse de lo que actualmente se tiene entre manos. La inmersión del cristiano en el mundo apunta necesariamente hacia dos puntos convergentes: progreso material y visión trascendente que perfecciona el interior. La sola perfección material no interesa en sí misma, importa en cuanto es signo de la perfección y armonía misma del ser humano.

Este perfeccionamiento debe hacerse también armónicamente. Se construye en la muerte (cotidiana) para que con la muerte (biológica) pueda comenzar la plenitud de la vida. Como el hombre no llegará a su plenitud en el morir cotidiano, entonces la perfección de este mismo morir diariamente vendrá en la muerte que marca el fin de su existencia terrena. Por esto

se construye en la muerte y no para después de la muerte. No es que nuestro futuro como cristianos y de vivencia pascual comience cuando ya nuestros días en el medio terreno hayan llegado a su fin; nuestro futuro está siendo construído en la medida en que morimos para liberarnos y recobrar nuestra verdadera identidad.

La muerte cotidiana y por consiguiente a lo que se ha muerto no es algo que queda atrás, es algo que llevamos con nosotros. Somos nosotros mismos. Es un bagaje digno de redención, es el bagaje del redimido. Esta muerte no es aniquilamiento sino transformación; es revitalización de algo que ha muerto (casi totalmente) por el pecado y que ahora es transformado por un cambio de actitud y de visión del mundo y de sí mismo (vida). De esta forma el cristiano colabora a la obra redentora, y completa en sí mismo lo que falta a la pasión del Señor.

El trabajo del cristiano es construcción del único Monumento válido: la imagen y semejanza de Dios. La vida diaria que se entrelaza y anuda continuamente, lleva a Dios. Su presencia se descubre en el interior de cada uno y de las cosas en una visión de fe. El cristiano mismo es un monumento a la gracia y al amor de Dios por su obra cumbre de la creación.

De esta manera el trabajo será continuo y silencioso a imagen de la vida misma de Cristo, que en ningún momento excluyó las expresiones netamente humanas, incluía la muerte. La predicación del cristiano con respecto a su fin último no puede tener lugar sino en el testimonio de amor en su vida personal, un amor que se manifiesta en obras que transforman.

Al final de nuestra vida terrena, en la culminación de nuestra muerte continua, vendrá el comienzo de todo. Lo an-

terior fue preparación y un forjar lo que ahora comienza. No es un vivir y un morir sin esperanza. La búsqueda humana tiene pleno sentido en la visión trascendente que la hace búsqueda de Dios. Dios mismo es el hilo conductor que da pleno sentido a la serie de hechos aparentemente aislados que conforman nuestra vida.

Aquí entra el dolor humano. La purificación continua es dura y difícil, y la purificación suprema (muerte biológica) es más dura y difícil en muchos casos. Pero en el cristiano aun existiendo la conciencia de que la muerte es algo necesario, es también algo grande y solemne, es algo definitivo. Consideramos aquí el caso del hombre adherido personalmente a Cristo. No el caso de quien ha buscado la razón de ser de sí mismo en lo meramente material, ya que así el morir se convierte en la suprema vivencia de la propia impotencia e inestabilidad. Así, la indiferencia o desesperación del Ateo y del Materialista queda en las antípodas de lo que son la fe y la esperanza cristianas.

La transformación plena se lleva a cabo en que la vida a los fieles de Cristo "no se quita, se transforma. Y cuando se deshace nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo" (3). En estas palabras está sintetizado el misterio y el destino en la muerte y el sufrimiento no es meramente la ley de la vida sino un medio de redención. Quien ve en la muerte un paso, ama verdaderamente la vida. Quien ama la vida (biológica) ama la muerte (cotidiana y biológica) porque ama la vida (eterna).

La muerte pasa a ser un encuentro definitivo y no un rompimiento y un fracaso. El supremo límite humano se convierte en la suprema liberación (muerte compleja a sí mismo). Es el encuentro con el Amor, un amor poseído sin intermedia-

(3). Prefacio de difuntos I.

rios y para siempre (Ro. 8,36ss). La muerte pasa a ser la intensificación definitiva de la comunicación iniciada en el ámbito de lo terrenal. No hay por tanto interrupción, sino posesión de la meta que se ha anhelado. Aunque aparentemente en el cuerpo inerte se da la ausencia plena de comunicación, en la visión de fe se encuentra la transformación total de quien busca, puesto que ha encontrado la Vida misma.

8. *Perspectiva bautismal.*

El cristiano muere en la esperanza y esta muerte es ganancia (Fil. 1,21). Ganancia que se manifiesta en la plenitud puesto que "tanto si vivimos como si morimos, vivimos y morimos para el señor; tanto, pues, si vivimos como si morimos pertenecemos al Señor" (Ro. 14,8). Podríamos decir que la muerte es el momento en el cual mirando hacia atrás cada uno dice lo que piensa realmente de sí mismo, sin amor propio, puesto que la vanidad humana ya no cuenta. Es el balance de toda una vida que debe quedar lo más cuadrado posible para presentarse a ese encuentro que es la vida en plenitud. En esta perspectiva la muerte cristiana en ningún momento puede ser considerada como una ruptura con el propio medio ambiente, antes al contrario, debe ser considerada como un sumergirse completamente en el propio ambiente del cristiano que ya es hijo de Dios por la acción del Espíritu en el Bautismo.

El Bautismo es el punto focal por el cual quedamos ya inmersos en la muerte de Cristo y tenemos vocación para la vida teniendo al mismo tiempo la vocación para la muerte. Entramos en la muerte al pecado para la vida de la gracia: La vida de

Cristo en cada uno de nosotros (Fil. 1,20). De esta forma participamos plenamente en la Iglesia Sacramento, cambiamos ontológicamente y este cambio tiene que hacerse efectivo en cada momento de la vida. Por esto "el tiempo es esencialmente redentor, pascual y parusíaco, implica una tensión interior hacia la Parusía" (4). La vida diaria cobra entonces un nuevo sentido. Para el cristiano tal como sea su vida será su muerte. Toca, pues, a cada individuo hacer posible el paso hacia la vida.

El pensamiento del más allá en un enfoque cristiano no es algo preocupante puesto que es construido en el más acá. Por la fe y la esperanza hay una certeza de lo que después de una aparente aniquilación va a encontrar. Entonces la muerte cristiana no se da únicamente en un momento (muerte biológica). La muerte del cristiano se da al interior del cuerpo místico en el cual Cristo sigue muriendo en cada uno de sus miembros hasta llevar al mundo a su completa identidad, pérdida por el pecado. La Iglesia (cuerpo místico de Cristo) "todos los días está muriendo en sus miembros, posee una experiencia de la muerte que le es única y extraordinaria" (5).

El hombre que vive en relación con Dios es aquel que puede decir el "quotidie morior" de San Pablo (1a Cor. 15,31). Este realiza todos los días su bautismo muriendo al pecado y al mundo. Así la muerte para el cristiano no es un evento especial sino una hermana y una presencia que siempre le acompaña. Lo tenebroso de la muerte queda relegado a un segundo plano, aunque en ningún momento como cristianos, dejaremos de sentir también lo doloroso, tanto de la muerte diaria como

(4). DILLENCHNEIDER, C. *El dinamismo de nuestros Sacramentos*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1965, p. 173.

(5). "Tous les Jours mourante dans ses membres, l'Eglise possède une expérience de la mort qui est unique et extraordinaire", HILD, J., "La Mort, Mystère Chrétien", en *Le Mystère de la Mort et sa célébration*, Col. Lex Orandi, Ed. du Cerf, París, 1956, p. 213.

de la biológica. Esta última no es otra cosa que la totalización de la muerte diaria por el bautismo.

La dimensión bautismal y cristológica de la muerte son transformadoras: por el Espíritu seremos cambiados totalmente (1a Cor. 15,44) y "aquél que ha resucitado a Cristo de entre los muertos dará también vida a nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros" (Ro. 8,11).

Por fin, el fundamento de todo esto que venimos diciendo lo encontramos en la 1a Cor. 15. Esta es la garantía de nuestra propia resurrección. El ejemplo mismo de Cristo espolea al cristiano en su búsqueda de sentido. En su vida "muchas veces y siempre a propósito de su pasión y de su muerte Jesús habla de una copa que su Padre le da (Jn. 18,10) y que El quiere beber (Mc. 10,35), porque no puede ser alejada de él (Mt. 26,42). Es su copa (Mt. 20, 23). Es manifiestamente el símbolo de una prueba, de sufrimientos indecibles en vista de su sacrificio sin reservas y de una inmolación sangrienta. . . Le es presentada por su Padre, pero la voluntad del Padre es que él la acepte voluntariamente de suerte que cambie su misma na-

turalidad, sustituyéndolo la cólera por el amor.

Cristo ha transformado, pues, la copa de la cólera de Dios en copa de salvación. Su actitud frente a la muerte ha dado a la muerte un nuevo significado. Era el único que lo podía hacer, puesto que el único sin pecado y libre para dar su vida y volverla a tomar (Jn. 10,18). Le es aceptada no por necesidad sino por amor. Transforma así la muerte de destrucción que era, en principio de unión con Dios" (6). Ya San Pablo ponía de manifiesto la divisa del Cristiano: no saber sino de Cristo, y este crucificado. Es una consigna de muerte en esperanza (1a. Tes. 4, 13).

Y esta muerte es la que nos une continuamente con Dios. Quien esté separado de la cruz de Cristo está espiritualmente muerto, y la muerte biológica que seguirá no es sino la consecuencia de esta primera separación de Dios, un volver completamente a la condición carnal, una lenta desintegración de la totalidad del ser humano. Se muere espiritualmente en el momento en que se desobedece la ley de la unión con Dios. El reino de Dios hacia el cual vamos está dentro de nosotros mismos.

(6). "Plusieurs fois, et toujours à propos de sa Passion et de sa mort, Jésus parle d'une coupe que son Père lui donne (Joan., 18, 10) et qu'il veut boire (Mc. 10, 35), parce qu'elle ne peut être éloignée de lui (Mt. 26,42). C' est sa coupe (Mt. 20,23). Elle est manifestement le symbole de une épreuve, de souffrances indicibles voire d'un sacrifice sans réserve et d'une immolation sanglante. . . Elle lui est présentée par son Père, mais la volonté du Père est qu'il l'accepte volontairement, en sorte qu'il en change la nature même en substituant l'amour à la colère. Le Christ ha donc transformé la coupe de la colère de Dieu en coupe de salut. Par son Attitude en face de la mort, il a donné à la mort une signification nouvelle. Il était seul à pouvoir le faire, puisque seul sans péché et libre de laisser sa vie et de la reprendre (J. 10, 18). Il accepte la coupe. . . nom par nécessité, mais par amour. Il transforme ainsi la mort, de châtement qu'elle était, en sacrifice agréable à Dieu, en principe d'union avec Dieu". Idem, ibidem, p. 226.

Christian Meaning of a Human Problem: Death

Man has several and varied attitudes towards death and, in present times, there are several ways in which modern man celebrates the event of death in today's pluralist society.

*The unavoidable and tragic phenomenon of biological death received a historical interpretation which – for this same reason – became progressive in the Holy Scripture: from the cloudy image of the sheol to the bright Christian conception of the **dying—with** in order to **resurrect—with** Christ. Physical death becomes theological life.*